

CERÁMICA PRE-ISLÁMICA

M.T. Henares Guerra



En el espacio geográfico que hoy conocemos como Andalucía se produce y usa la cerámica desde la Prehistoria. Los primeros testimonios se sitúan en el periodo conocido como Neolítico (entre aprox. 5000-2500 a.C.), una de cuyas principales innovaciones técnicas fue la invención de la alfarería. La cerámica neolítica se modelaba a mano y se cocía en sencillos hornos de suelo, cuyas características sólo permiten alcanzar temperaturas relativamente bajas de cocción. Esto, sin embargo, no significa que se trate de objetos groseros estrictamente funcionales.

En los yacimientos arqueológicos neolíticos se recuperan restos de vasijas esmeradamente modeladas, con paredes de grosor relativamente fino y homogéneo, y con una interesante y rica decoración. Las superficies se tratan cuidadosamente (pulido “a la piedra”, alisado) e incluso se colorean “a la almagra”, lo que dota a algunas piezas de hermosos tonos rojos o rojizos. Y, en muchos casos, se decoran profusamente, bien mediante técnicas plásticas (aplicaciones, modelado de asas más allá de lo meramente utilitario), bien mediante incisiones o impresiones, formando complejos patrones de motivos que van desde lo geométrico a lo figurativo; y mostrando tanto maestría artesanal como visión estética y artística.



Lo mismo puede decirse de las producciones posteriores, dentro de la denominada de forma genérica como Edad de los Metales (entre aprox. 2500/2400 y 1000 a.C.), donde los diferentes tipos de productos cerámicos y sus técnicas decorativas particulares han servido tradicionalmente como “fósiles directores” o “etiquetas identificativas” de las diferentes culturas prehistóricas. Algunas de éstas recibieron la denominación tradicional por la que las conocemos a partir del tipo de cerámica que caracterizaba su cultura material, y de uno de los mejores ejemplos de ello, la Cultura del Vaso Campaniforme (aprox. 2300-1800 a.C.), existen importantes e interesantes muestras en Andalucía.

Hacia el final de la Edad de los Metales (a partir aprox. del 1000/900 a.C.), en la denominada Edad del Hierro, cuando, en términos histórico-académicos, hablamos de Protohistoria, se van a producir una serie de importantes avances tecnológicos, a los que la producción de cerámica no va a ser ajena. El modelado manual se mantendrá, pero comienza a utilizarse la torneta, o torno lento; y se produce una evolución en la construcción de los hornos y en las técnicas de cocción. Paralelamente, y, en muchos casos, de manera estrechamente relacionada, el contacto con las civilizaciones del Mediterráneo Oriental (las culturas “griega” y “fenicia”), va a propiciar que esos avances tecnológicos sean más rápidos y de mayor alcance. Con los mercaderes y los habitantes de los emporios comerciales y las colonias establecidos en Andalucía, van a



llegar el uso del torno “rápido”; los hornos que permiten la cocción a altas temperaturas (y una regulación eficaz de ésta); nuevas técnicas decorativas, sobre todo pictóricas; y una serie de productos de importación de muy alta calidad técnica y artística, que facilitan a los artesanos locales toda una fuente de inspiración y de modelos a seguir.

La cerámica producida en Andalucía estará compuesta en adelante por productos locales, que se benefician de las novedades tecnológicas y se inspiran en las artístico-decorativas, pero manteniendo sus propios conceptos estéticos; y por productos que, en los ámbitos coloniales, siguen directamente sus tradiciones originarias. A ello hay que sumarle la aparición de un mercado de objetos de cerámica de lujo, abastecido mediante importación directa desde los centros de producción del Mediterráneo Oriental y Central; y, de manera secundaria, por productos de producción regional que los imitan, para



cubrir la demanda de los mercados propios con productos de calidad media y más asequibles. Así, en los yacimientos arqueológicos andaluces vemos coincidir (con múltiples variaciones locales, tanto en la distribución geográfica como en la escala temporal) las conocidas como cerámica “tartesia”, “ibérica” y “turdetana” (éstas últimas, a partir del siglo VI a.C.), que se consideran expresiones culturales “naturales del país”, con las cerámicas “fenicia”, “griega”, “etrusca”, “cartaginesa” o diversas producciones de origen itálico, que representarían el tráfico mercantil o la colonización, comercial o efectiva, por parte de las potencias mediterráneas a lo largo de varios siglos (entre aprox. el X y el III a.C.). Y, junto a ellas, multitud de imitaciones de los productos finos de la cerámica de importación, como por ejemplo, la exitosa “cerámica de Kouass” (siglo III a.C.), que se inspiraba en la cerámica helenística, y para la que, en los últimos años, la investigación arqueológica está reclamando el reconocimiento de

su origen en centros de producción ubicados en el sur de Andalucía.

Finalmente, las cerámicas producidas en la Península Itálica, al igual que políticamente acabará por hacerlo Roma, serán las que dominen los mercados. Lo harán de manera gradual, primero como productos de importación (siglos III-II a.C.), coexistiendo en los mercados con otras importaciones y las producciones locales, y posteriormente, cubriendo toda la demanda mediante el establecimiento de talleres cerámicos propios (desde el siglo I a.C.). Así, a lo largo de la denominada como “época imperial”, junto a la famosa *Terra Sigillata* itálica (manufacturada a torno, decorada a molde, caracterizada por un excelente engobe de brillante color rojizo, y con marca “de autor”), aparecerán pujantes producciones provinciales del mismo tipo en las Galias y las Hispanias (desde el siglo I d.C.). La *Terra Sigillata* Hispánica fue la principal producción de lujo en la Península Ibérica (aunque hubo otras, algunas de vocación “universal”, como la de cerámica “de Paredes Finas”, y otras de fuerte sabor local), y contó con talleres en Andalucía, donde, además, ya en época tardía (a partir del siglo III d.C.), se va a producir un tipo específico, conocido como *Terra Sigillata* Hispánica Tardía Meridional, que competirá en los mercados regionales con las importaciones originarias de las provincias africanas del imperio. Por lo que respecta a la cerámica común, en lo que hoy es Andalucía, las producciones locales “pre-romanas”



siguieron abasteciendo las necesidades de menaje de cocina y vajilla utilitaria (tanto fina como del basto) durante mucho tiempo, aunque de formas diversas, conforme a variables regionales y locales. Éstas, con el paso de los siglos, fueron cediendo terreno ante las “romanas”, cuyas formas comunes también se produjeron en Andalucía, a veces en los hornos de los mismos talleres que manufacturaban la cerámica fina, y, más a menudo, en talleres propios, o en los especializados en la producción de vasijas de transporte y conservación (sobre todo, ánforas), que son los más abundantes entre los hallados en territorios sureños.



La Antigüedad Tardía, mientras que en política contempla períodos de inestabilidad y grandes cambios - durante los últimos siglos de la autoridad provincial del denominado Imperio Romano de Occidente (siglos III-V d.C.), y los correspondientes al paulatino establecimiento de los reinos germánicos, que culminarán con la instauración de la Monarquía Visigoda (siglos V-VIII d.C.) -, en la cultura material cerámica mantiene una cierta continuidad, con el mercado de “lo fino” repartido entre las producciones imperiales tardías, tanto propias como importadas de África. No obstante, ese mercado se irá restringiendo paulatinamente a las ciudades relevantes por albergar a autoridades políticas y/o eclesiásticas, y, sobre todo, a las ciudades-mercado regionales y comarcales.

Por otra parte, la existencia durante casi un siglo de la Provincia bizantina de Spania, a la que perteneció buena parte de la actual Andalucía, permitió que se importaran productos cerámicos del Mediterráneo Oriental (entre los siglos VI y VII d.C.). La inestabilidad política y los acontecimientos bélicos, con la falta de seguridad que implican para los centros manufactureros, y, en los caminos, para el comercio y la distribución de productos, fueron dando al traste con la antaño activa alfarería regional. Los alfares irán reduciendo su tamaño y volumen de producción, a la par que se reducen sus posibilidades de fácil acceso a los mercados, que acabarán surtiéndose de productos locales, tal como la mayoritariamente ruralizada sociedad venía autoabasteciéndose en las aldeas y los caseríos de los grandes predios agrícolas, desde los últimos tiempos imperiales. El autoabastecimiento se reflejó en una gran variedad de producciones locales, con diferentes calidades y grados de maestría artesanal, en detrimento de las vajillas finas, y con una notable preponderancia de la cerámica común del basto, tanto para menaje como para vajilla, manufacturada a menudo a torneta, o incluso a mano.